BOCETO CRÍTICO

DEL

TEATRO MODERNO

POR

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ

de la Academia Española de Ciencias Antropológicas

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2





BOCETO CRÍTICO

DEL

TEATRO MODERNO

BADAJOZ.—Tip. *La Minerva Extremeña*. Constitución, 21.

BOCETO CRÍTICO

DEL

TEATRO MODERNO

POR

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ

de la Academia Española de Ciencias Antropológicas

SUMARIO

Sinfonía.—I El público.—II Los autores.
III Los cómicos.—IV Los críticos.

MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2
1892

AL SEÑOR

D. Federico Abarrátegui y Vicén,

Secretario de la Diputación provincial de Badajoz.

Mi querido y especial amigo: Permítame V. que le dedique este pequeño "Boceto crítico del teatro moderno,, confeccionado á vuela pluma en los pocos ratos que me veo libre de tomar el pulso á mis enfermos.

Si se digna aceptarlo, suplícole no vea en él los muchos defectos que en fondo y forma tiene, y mírelo sólo como tenue prueba del agradecimiento y cariño que le profesa

Manuel Corral y Mairá.



SINFONÍA

SABIDO es que á toda obra teatral precede siempre la sinfonía; y como al fin y al postre obra del teatro, ó para el teatro, es lo que constituyen estas páginas, de rigor es que también tengan su poquito de sinfonía, preludio, prólogo, ó como quiera llamársele.

Lo malo del caso y mi mayor apuro es que para la tal sinfonía y la tal obra no poséo más que un solo instrumento, y éste ciertamente que no tiene nada de músico: es el escalpelo.

Tengo que manejarlo con dureza, pues á ello me obliga el pobre y lamentable estado en

que hoy se halla el teatro español; pero siento que su hoja, asaz mellada á fuerza de dislacerar carne cadavérica en las salas de autópsias y carne putrilaginosa en mis enfermos, no se halle capaz de ir disecando capa por capa los grandes males que padece el arte escénico actual, hasta llegar á descubrir la causa interna de ellos, que trata de desbastar á nuestro teatro.

El mal es grande, de pronóstico grave y acaso mortal, por lo que se hace preciso atacarlo con denuedo, dejando á un lado los medios paliativos, que en todo caso son ineficaces; es necesario cortar, incindir, desbridar con energía hasta poner de manifiesto las causas originarias, para luego tratar de curarlas; y para esto es menester un escalpelo fuerte, acerado, sin mellas, y dirigido por manos muy expertas, hábiles y callosas ya, en fuerza de dar mandobles; indispensables elementos que, á la verdad, yo no poséo.

Pero si á pesar de estas deficiencias que en mí reconozco, logro á medias descubrir la gangrena que el teatro español padece, habréme quedado satisfecho, que no faltarán, á buén seguro, eminentes cirujanos que acaben de mos-

trarla clara y palpable, y entonces todos convenceránse de que es urgente poner remedio.

Y como hora es ya de entrar en materia, forzoso es poner la coda á esta tan enmarañada como lacónica sinfonía, exenta, como toda la obra, de *bombo*, por ser instrumento que no sabe tocar

El Autor.



BOCETO CRÍTICO

DEL

TEATRO MODERNO

I

EL PÚBLICO

APENA profundamente el ánimo y hace desfallecer á cualquiera, el contemplar la decadencia lamentable por que desde tiempo há atraviesa nuestro teatro.

Supongo yo que andando el tiempo, y de seguir así las cosas en esta materia, ha de necesitarse seguramente eliminar de nuestras diversiones el teatro; y no porque esta expansión, necesaria á todo aquel que quiera deleitarse aprendiendo, sea mala, sino porque tal como hoy se encuentra la escena española, ni se aprende nada en ella, que

provechoso sea, ni es cosa de deleitarse con las obras que los autores y empresarios contemporáneos nos endilgan.

La causa originaria de esta decadencia es grande y difícil de estirpar, porque depende de muchos elementos y ha echado ya raíces hondas imposibles de arrancar: el público, en primer término, que tiene pervertidos los sentidos; los autores que, salvo muy contadas excepciones, dan á luz engendros gestados en breve plazo, y eso cuando son hijos legítimos; los cómicos que, adquiriendo notoriedad falsa en una semana, se meten al público en el bolsillo y lo dominan por completo, y los críticos de nuevo cuño, que con sus falaces bombos acaban por engañar á todos, autores, cómicos y público, son en total las causas eficientes del aniquilamiento de nuestro teatro español.

El espectador de hoy tiene, por lo expuesto, depravado el gusto, y comprendiendo que ya quedan pocos Lope de Vega, Moratín, Bretón de los Herreros, Calderón y otros tantos clásicos, verdaderas lumbreras de nuestra escena patria, se aburre soberanamente si le sirven una comedia en tres actos ó un drama lleno de moralidad, pero deficiente en cuanto á realismo, originalidad y efecto; se ha convencido de que el teatro no es ya escuela representativa fiel de buenas costumbres sociales, y hastiado en absoluto de ver insulseces cuyo desenlace adivina desde las primeras escenas

de una obra seria, se ha abandonado en absoluto en brazos de esos autores que le muestran en escena asuntos sencillos, con más ó ménos *cuernos*, de *originalidad traducida* las más veces, los cuales (los asuntos, no los cuernos) son hilvanados á grotescas y desiguales puntadas, no perceptibles por la pornografía, hoy llamada chiste, y aderezados con dos ó tres numeritos de música alegre, de esa que se pega al oido y hace recordar, al tararearla, la frase verdecilla del tenor atrevido ó la lúbrica mirada de desenvuelta y flamenca tiple.

Esto gusta hoy al público; al fin y al postre, con ello se ríe, se excita su sistema nervioso, contempla las sensuales curvas de abultados senos y redondeadas pantorrillas... de guardarropía, que actrices, coristas y bailarinas le exhiben, y bueno va todo; terminando por aceptar esta escuela, no por convicción, sino por conveniencia ó recurso, y así lo hace de tal modo que acude en tropel 498 noches seguidas á ver *La gran vía*, y sólo va por curiosidad á las 10 ó 12 representaciones que á lo sumo alcanzan los bién pensados dramas de Echegaray ó Leopoldo Cano y las discretas comedias de Sellés ó Blasco.

Así se explica que el espectador permanezca mudo ya que no se atreva á silbar una de esas escenas conmovedoras, llenas de realismo y colorido, de *La Pasionaria*, y en cambio aplauda á rabiar el escabroso diálogo que en *La Sultana de Marrue-*

cos, por ejemplo, tiene aquel fabricante de fideos con su futuro yerno, escena que es el colmo de la obscenidad.

Además, en el público de hoy existen grandes diferencias; no es un público uniforme é igual, desapasionado y suficiente libre para juzgar con imparcialidad el mérito de una obra, porque hay lo ménos tres clases de espectadores, el espectador verdad que es el que paga su billete en la taquilla del despacho, el espectador de pega que acude al teatro pagado por la empresa, la cual le facilita localidad gratis por toda la temporada á cambio del aplauso contínuo que es estemporáneo é inmerecido casi siempre, y el espectador que guiado por un instinto que no me atrevo á calificar, va dispuesto siempre á silbar sistemáticamente todo aquello que se estrene, ya sea malo ó bueno.

De estas tres clases de público, sólo es verdad el primero que va al teatro sin intención premeditada con perfecto derecho á juzgar lo que ve, cosa que pocas veces hace con propio criterio, porque se anticipan á la censura de las obras dos clases de público, los *alabarderos* ó *claquistas* y los *reventadores* ó *pateadores*, los cuales acaban las más veces por sugestionar al verdadero é imparcial espectador.

Mientras no desaparezcan, pués, de nuestros teatros, *esos aplaudidores de oficio* que diseminados cual policías secretos, por todas las localida-

des de los coliseos, son los encargados de confeccionar éxitos en vez de fracasos; mientras el público que paga no quede en completa libertad de juzgar por sí propio y sin mentor alguno el mérito de las obras teatrales, no adelantaremos un paso, habremos perdido la verdadera fuerza de lo que se dice *vox populli*, y empresas, autores y cómicos seguirán imponiéndose al público como hoy lo hacen con menoscabo y desprestigio del arte escénico.



II

LOS AUTORES

Una de las causas, y acaso de las más principales, del desquiciamiento del teatro, es el considerable y espantoso número de autores que hoy se dedican á escribir comedias, dramas ó zarzuelas.

En los tiempos florecientes del teatro español, allá cuando nuestros abuelos y antepasados se deleitaban con las magníficas obras de Lope, Calderón y otros dramaturgos de imperecedera memoria, era dificilísima la entrada en los escenarios á obras de autorzuelos desconocidos por sus méritos literarios, y para admitir una comedia ó un drama en un coliseo precisábase una previa censura y un atento examen por personas de reconocida competencia; entonces las puertas del salonci-

llo de autores del llamado teatro de la Cruz y Corral de la Pacheca, permanecían cerradas para todo aquel que no tuviese de antemano una reputación literaria adquirida á fuerza de muchos años de constantes trabajos meritoríos; así es que eran muy contados los que se dedicaban á la confección de obras teatrales, y los que lograban ser autores por sus merecidas dotes de talento, cuidaban muy mucho de arreglar, perfilar y pulir sus producciones antes de mostrarlas á un público entonces justiciero y exigente, de lo cual resultaba que cada obra estrenada en aquellos tiempos era, á más de un preciado modelo de moralidad y provechosa enseñanza, una verdadera joya de literatura.

Hoy todo es distinto y ni hay censuras previas, ni joyas, ni nada; hoy no se estudia ni medita detenidamente un asunto teatral; se confecciona á vuela pluma y sin limarlo ni pulirlo se sirve al público y salga lo que saliere; y es claro, como esto al fin no es cosa muy difícil de hacer, cualquier quidan se mete á autor seguro de que entre la *claque* y sus amigos han de otorgarle este título.

De estos autores modernos que hoy pululan cual fariseos por esta Jerusalém literaria, y que cuentan por éxitos sus estrenos, se me ocurren muchas cosas que no son para referidas. Baste saber que hay caballerito (y conste que no quiero meterme á especializar) que en tres ó cuatro años ha escrito y representado *con éxito* cincuenta ó se-

senta obras cómicas... ¡Fecundidad maravillosa, sólo comparable á la de los microbios, y que no acierto á explicar!

¿Es posible materialmente que esos abortos (y llamo abortos porque todos nacen prematuramente) tengan condiciones de viabilidad?

¿Qué asunto ó argumento medianamente concebido puede dársele forma hábil, pulida y limada en seis ú ocho días para representarlo en el teatro?

¿Qué pueden resultar semejantes obras, literariamente hablando?

En su confección se tarda tanto tiempo como el que se necesita para hacer... buñuelos; y eso, eso precisamente es lo que son hoy la generalidad de las obras cómicas: verdaderos buñuelos literarios.

Por otra parte, en la actualidad no se necesita ser literato ni conocer los rudimentos de la gramática, ni estudio anterior para hacer comedias ó piececitas; basta que cualquiera diga «quiero ser autor cómico,» para que en seguida lo consiga si tiene: primero, la suficiente inventiva para pensar ó traducir eléctricamente un asunto burdo; segundo, el atrevimiento preciso é indispensable para cuajarlo de chistes y equívocos pornográficos; tercero, la necesaria influencia ó recomendación eficaz para que un empresario se lo acepte, y cuarto, la desenvoltura y desparpajo de una actriz bonita y de buenas formas que se lo represente marcando intencionadamente los chistes más peligrosos,

moviendo voluptuosamente su cuerpo y poniendo sus ojos... en blanco.

Si un individuo cualquiera cuenta con estos elementos, seguro tiene el éxito en todos los engendros dramáticos que dé á luz, y puede desde luego sentar de golpe plaza de autor *aplaudido*, calificativo bién fácil de adquirir, porque hoy ya se aplaude todo en el teatro, sea bueno ó malo.

Por otra parte, como el inventar un asunto para una obra que ha de llevarse á la escena, no es cosa tan baladí, si es que el referido asunto ha de tener condiciones de aceptable, ocurre que ó los argumentos son sencillos, triviales y grotescos, ó son plagiados cuando no arreglados del francés ó el italiano: de aquí resultan dos cosas: que el argumento, cuando es original, lo adivina el espectador desde las primeras escenas y no mantiene su interés, el cual acaba por dormirse ó... leer *La Correspondencia*; ó que tengamos, cuando los asuntos son traducidos, que aplaudir, no al traductor, sino á un autor de fuera de casa, ¡como si en España no dispusiéramos ya de literatos eminentes capaces de sostener y aumentar el prestigio de nuestro teatro nacional!

No faltan, no, miles y miles de autores dramáticos y cómicos; pero el caso no está en la cantidad, sino en la calidad, y por desgracia hay muy pocos hoy que hagan dramas como los de Echegaray, Cano, Tamayo y Baus, etc.; comedias co-

mo las de Sellés, Blasco, Vital; zarzuelas como las de Zapata y Ramos Carrión, y sainetes como los de Ricardo de la Vega y algunos otros, que son de calidad superior.

La mayor parte de los éxitos que hoy se obtienen con esos juguetillos cómico-líricos son debidos á los tres ó cuatro numeritos de música ligera, popular y agradable que suelen componer algún Chueca, Chapí, Nieto, Caballero ó Valverde; pues los libretos carecen, en general, no sólo de argumento, si que también de forma literaria, y son capaces de poner malhumorado y con los pelos de punta al más prudente y cachazudo espectador.

Este es el boceto, trazado á la ligera, de lo que, por desgracia, son la mayoría de los sujetos (no me atrevo á llamarlos *autores*) que hoy escriben para nuestro desdichado teatro.



III

LOS CÓMICOS

La decadencia del teatro español en nuestra época, no sólo reconoce por causa ocasional el hastío y perversión del gusto del público y la ineptitud de la mayor parte de nuestros autores contemporáneos; entran también en su destrucción, y á fé que en ella toman buena parte, la deficiencia insoportable del noventa por ciento de los actores, que tienen el descaro suficiente de presentarse en el proscenio ante un público, que ha de ser juez de sus méritos, con una despreocupación rayana en osadía.

Hoy al cómico le basta, y con creces, querer serlo para que, si tiene influencia, lo consiga: ¿qne si ha hecho con antelación un meditado y profundo estudio del arte, sancionado con algún título

especial que le autorice para presentarse ante un público que paga? Quimera vana: eso sería el colmo de la candidez; no se precisa más que *tirarle á uno la afición por el teatro*, trabajar un par de temporaditas en tal ó cual coliséo casero ó de aficionados, recibir allí los halagos y falsas adulaciones de algún crítico guasón, para que cualquier galán joven, ó tal cual señorita más ó ménos dispuesta, rompan el dique que los separa del escenario del público *pagano* y sienten de golpe plaza de cómicos.

Pero este dique es á veces difícil de romper, si la piqueta que para su demolición se emplée no tiene acerada punta y deslumbrador brillo; y esto se obtiene hoy con poseer dos cosas: desparpajo y plasticidad, apoyadas por alguna influencia para este ó el otro especulador empresario; con esto y con pasarse la mano por la cara la primera vez que se sale á escena, pegar cuatro gritos, accionar mucho, dar algunos resbalones y poner la cara como clown de circo, basta para que el paciente espectador se ría (las más veces por lástima) y para que *los alabarderos* se aprovechen de este conato de hilaridad, aplaudiendo á rabiar al cómico debutante, que desde aquella noche lo es ya aplaudido por el público... *de pega*.

Si además de esto tiene buena ropa y hace muchos gestos y se viste de corto y echa una verónica al público, y habla en caló y se peina con per-

sianas, tiene ya asegurado su porvenir, y á la vuelta de dos ó tres años figura como primer actor de cartel en cualquier teatro de los de á *real y medio la pieza*.

Al cómico así, hecho de pronto, le sucede como al que «de rodilla llega á toalla, que nunca halla clavo donde colgalla,» y hay ocasiones en que tiene á ménos trabajar con otros compañeros que, después de un atento y detenido estudio del arte escénico, empiezan su artística carrera: por lo demás, esta clase de actores á lo mejor sirven para todo, y lo mismo hacen *El puñal del godo*, que *La canción de la Lola*, ó *Torear por lo fino* ó *La Mascota*.

Yo he conocido á uno de esos, que figurando como primer tenor en la lista de la compañía, hizo en una misma noche el papel de bajo en *Música clásica*, el de barítono en *Don Abdón y Don Senén*, y el de tenor en *Los lobos marinos*, y cosa rara... en todas tres obras fué estrepitosamente aplaudido, y al siguiente dia elogiado por parte de la prensa.

¿Puede creerse racionalmente que este apreciable sujeto fuese actor verdad? ¿Podríase con él y con sus congéneres (que por desgracia abundan) regenerar nuestro teatro nacional?

Pues esa es la silueta de la mayor parte de los cómicos del día.

En cuanto á ellas, ya es distinto... la carrera ar-

tística de la mujer que hoy se dedica al teatro, bién sea (ó mejor dicho) se haga llamar actriz ó cantante, está en razón directa de las mejores ó peores condiciones *estético-plástico-sensuales* que posea.

¿Qué estudios especiales hace hoy la que quiere cursar la carrera del teatro? ¿Necesita aprobar muchas asignaturas? ¿Es preciso que haya asistido y después probado su valer artístico en alguna escuela de canto ó declamación? Nada de eso: la carrera es bién corta y asaz sencilla; basta la aprobación del empresario que ha observado y examinado, acaso con escrupulosa atención, un buén palmito, unas curvas indelineables y voluptuosas, una flexibilidad de cintura (síntesis de la dislocación articular de algunos huesos) y un buén decir, hablado ó cantado con marcada intención, para que desde luego sea admitida en las filas de las coristas; que ella, ya entrada allí, si, estéticamente hablando, vale algo y sabe insinuarse y dirigir miradas y exhibir sus... cualidades, pronto saldrá de aquellas filas de masa común, para hacer segundas partes y pasar luego de una noche á una mañana á primera tiple *eminente* y *aplaudida*. Como dice muy bién, hablando de nuestras cantantes modernas, el distinguido escritor Rafael María Liern, para ser hoy una primera tiple que haga furor, basta con

«*Intencionar* habaneras
haciendo del hombre... gachas,
y para bailar guarachas
tener chiste... en las caderas;
declamar con desparpajo,
presumir con una *diva*,
valer de cintura arriba
ménos que de ella abajo;
gastar pañolones buenos
y batas *almidonás;*
esto y lo otro es lo demás,
que la voz es lo de ménos.»

A lo mejor se encuentra *uno* en *una* provincia (y conste que no quiero meterme á hacer alusiones... ¡que si me metiera!) y se anuncia el debut de la *primera tiple* señorita Fulanez... que según reza el anuncio viene precedida de una fama colosal, y resulta luego que ese *uno* va al teatro y se encuentra con que la tal Fulanez es un maniquí exhibitorio de trajes y joyas, con movimientos espasmódicos... y á todo esto el verdadero arte escénico, ese arte que enseña algo provechoso deleitando, brilla siempre por su ausencia.

Estos son, por regla general (pues aún hay excepciones, por fortuna) los cómicos del día, los cuales, á pesar de que *tienen ropa negra*, *no van á ninguna parte*, y sí sólo al completo desquiciamiento de nuestro teatro verdad.

No negaré, pues fuera menguado agravio é injusticia incalificable, que tenemos todavía en nues-

tro teatro contemporáneo un católogo de artistas de cuerpo entero, que brillan en la escena cual verdaderas y luminosas estrellas, pugnando por disolver las densas tinieblas que amenazan oscurecer al teatro español; pero son tan escasos, que al cabo terminaremos por quedarnos á oscuras, porque desconfío mucho encontrar sustitutos entre la gente nueva que sean capaces de reemplazar á las Tubau, Mendoza Tenorio, Sofía Alverá, Soler di Franco, Cortés, etc., y á los Mario, Vico, Berges, Banquells y otros (pero pocos) que hoy sostienen en parte el prestigio de nuestra escena pátria.



IV

LOS CRÍTICOS

Por si no fueran suficientes las causas que influyen en el aniquilamiento de nuestro teatro, enumeradas en los artículos anteriores, preséntase, por último, una más inmensa, colosal, destructora, y acaso, acaso, la más importante: me refiero á esa multitud de críticos teatrales de nuevo cuño, formados por generación espontánea y nacidos las más veces del despecho y de la falsa adulación.

Verdad es que el espectador de hoy se halla atacado de perversión sensorial, y como todo lo que vé en el teatro es fútil, fiambre y sin fondo, se ha acostumbrado ya á lo malo; cierto es que los autores modernos, en su mayoría, sirven al público sus obras desprovistas de asunto, pero con mu-

chas *puntas* y mucho *flamenco;* verdad es también que hoy donde ménos se piensa salta un cómico, de fama adquirida en dos semanas; pero todos estos males, con ser tan grandes, no lo son tanto comparados con el que al prestigio y engrandecimiento del teatro español ocasionan la mayor parte de los revisteros ó críticos, encargados de la censura de las obras teatrales que se ejecutan en nuestros coliseos.

Estos caballeros son los que más daño hacen á nuestra escena, ellos por sí solós son capaces de llevar á la completa destrucción al verdadero arte escénico: y se comprende fácilmente que así suceda; son los jueces indiscutibles en el asunto de que se trata, y su fallo inapelable estampado en la prensa, ya en tal periodiquillo subvencionado, ya en cual revista de teatros, hace eco, sienta precedente, crea atmósfera, y acaba al fin por engañar á todos, si es que su crítica no es justa, legal, equitativa, desinteresada y verdadera, cosa que rara vez suele suceder; al público le sugestiona, y al fin y al postre le hace muchas veces tragar gato por liebre; al empresario le adula, el cual, por su parte, se ve obligado á corresponder con, por lo ménos, la entrada gratis y algún que otro palquito; y al reventante galán ó á la descocada actriz, los envanece otorgándoles de un plumazo el título de aplaudidos y eminentes: con todo lo cual sucede que el espectador, muchas veces sin criterio

propio, acaba por creer que es buena obra aquella que el crítico la alaba; que el autor termina por cerciorarse que ha escrito una gran cosa; que los cómicos se crean una posición falsa, y todos, en fin, resultan engañados, hasta el mismo crítico, que al ver el efecto de su trabajo, se considera ser un talentazo y un verdadero conocedor del arte dramático; con esto sólo hay una persona que gana, es el empresario, único que acrecenta positivamente su capital debido á los bombos críticos.

Esto en cuanto al crítico mimado por las empresas, que entra entre bastidores, que tutea á los cómicos, que admite cenas de los autores y localidades de los empresarios, y que trata conseguir con su instrumento preciso (léase bombo) tal favor, más ó ménos íntimo, de esta ó de la otra actriz.

Pero si volvemos la hoja, hétenos entonces al crítico furibundo, mordaz, satírico, terrible, que harto de manejar á diestro y siniestro el bombo, trócale por el palo y (bién sea porque despechado de no haber podido representar algún engendro dramático suyo, malo é inadmisible, bién porque adulando antes no medrára gran cosa), no deja títere con cabeza, ni hay autor bueno, ni cómico notable, ni nada para él digno de su aplauso: esta clase de críticos, que por fortuna son los ménos, llegan á veces á adquirir fama y son al fin queridos, mimados y agasajados, pues si un crítico se

hace desde luego demasiado amable y complaciente, pronto empresas, autores y cómicos lo consideran como moro de paz y es en el teatro la última sardina de la banasta y el maniquí de todo el mundo de telón adentro.

Luego, la mayor parte de esa infinidad de críticos auténticos ó *pseudonimizados* que hoy pululan, son hechos á veces por conveniencias de las mismas empresas teatrales, que los forman á su antojo y á veces porque teniendo precisión los periódicos de dar cuenta de las revistas de teatros, si entre los redactores no hay ninguno que reuna condiciones especiales para la crítica, nombran al primero que se les pone en la cabeza ó turnan todos, desde el director, hasta... el regente de la imprenta.

Esto, que hoy por desgracia ocurre con todos esos critiquillos hechos de pronto, ¿no es causa más que suficiente, eficáz y segura, para dar al traste con nuestro pobre y ya derruído arte escénico? No cabe la menor duda.

Pero por muy lamentable que todo lo expuesto sea, aún contrista más el ánimo considerar que no ya esos críticos de *tres al... céntimo,* sino los eminentes, los que son verdaderos maestros, los que son universalmente conocidos dan con frecuencia pizias tales, que más valiera no verlas: me refiero nada ménos que al célebre *Clarin* (Leopoldo Alas) cuya sátira mordáz y provocativa es casi siempre

lo que domina en sus trabajos de crítica, algunos por cierto muy concienzudos y cuyo amor propio rebasa los límites de la modestia y... de unas cuantas cosas más: véanse si no sus *Paliques* del *Madrid Cómico;* cada palo que el tal Alas atiza, es una contusión de sexto grado: no se me olvida que uno de sus artículos críticos del citado semanario ponía de chupa de dómine á la Emilia Pardo Bazán, en el que decía que no valía nada y otras cosas más, sólo porque esta señora no había incluido en la lista de los literatos eminentes, dirigida á un editor ó traductor extranjero, al bueno de don Leopoldo: así y todo lo confesaba el mismísimo Clarín en sus quejas.—¡Qué modestia y qué amor propio!—(¡Ah, conste que no tengo resentimiento ninguno con el célebre Clarin, pues hasta ahora no ha juzgado mal dicho señor ninguno de mis trabajos; que bueno es advertirlo.)

Yo entiendo que el crítico para ser verdadero y no de guardarropía, tiene necesaria é indiscutiblemente que reunir condiciones de tal, las cuales se adquieren después de muchísimo tiempo de profundo estudio y perfecto conocimiento de la escena hasta en sus detalles más nímios, y esto solo se consigue al cabo de haber leido, escrito y visto mucho referente al asunto: además precisa ser un verdadero literato sancionado y conocido como tal por todo el mundo y sobre todo tener la independencia más completa y absoluta para no tocar

jamás el bombo á impulsos de la amistad ó el interés, ni esgrimir el palo, provocado por el rencor ó la envidia; para hablar mal de tal ó cual obra es preciso que antes eche una ojeada por las suyas, cosa muy difícil de hacer; pues

de los críticos yo arguyo
que el que parezca más bueno
vé pajas en ojo ajeno
sin ver vigas en el suyo.

Mientras el crítico no pague de su bolsillo la localidad en la función que haya de juzgar, no podrá ser desinteresado é imparcial; para que sea bueno además de los profundos conocimientos que debe poseer, necesita no traspasar jamás las puertas de un escenario, ni ser amigo de empresarios, ni de autores, ni de actrices, ni nada que huela á teatro: debe ser correcto en la forma y en el fondo, claro sin ser mordaz y sobre todo justiciero.

Aún sin estas íntegras condiciones, que bién se me alcanza á mí que son el colmo de la perfección tenemos hoy por fortuna, verdaderos maestros críticos, muy contados, que son la gloria de nuestra desdichada literatura; diganlo si nó la inimitable pluma de Federico Balart, el chispeante y notabilísimo Mariano de Cavia, digno sucesor de Cañete, el correcto é ilustrado Luis París, cuyas críticas de *El Resúmen* son una maravilla, el co-

nocido Pedro Bofill, y algunos otros más, poquitos.

Pero estos verdaderos capitanes generales que descuellan en materia de crítica, van por desgracia á la cabeza de un sin número de críticos *fanés* que son los que estropean, desbaratan y dejan mal trecho á nuestro teatro moderno, y ya verán ustedes como al fin y al postre estos soldados ineptos acaban por echar la zancadilla al arte.

*
* *

Estos ligeros apuntes tomados á vista de pájaro del natural, son el boceto ó esquema del estado actual del teatro moderno; las deficiencias que en él se notan son muchas y muy grandes, pues que todos los elementos constitutivos del teatro toman parte activa en su rápido aniquilamiento; así no es de extrañar que andando el tiempo, no muy lejano á mi entender, solo tendremos el recuerdo de lo que fué nuestro teatro clásico, llamado hoy á desaparecer si no se pone pronto y eficáz remedio por parte del público y de los autores, cómicos y críticos buenos, cosa que no lleva trazas de que suceda, porque el verdadero público es hoy demasiado paciente y facil de contentar, y porque tan-

to autores como cómicos y críticos notables que aún existen, los unos se retiran del teatro llenos de indignación y acaso de vergüenza y los otros parten al extranjero á obtener honra y provecho que siempre encuentran con más abundancia que en su patria.

Así, pues, ¡desdichado del verdadero arte escénico, si no emprende otro derrotero!

OBRA Y

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ

... médico de la difteria y su tratamiento ... Obra adquirida por la Diputación provincial de Badajoz.—Un tomo en 4.° de ... páginas. Precio, 2 pesetas.

El calor animal.—Colección de artículos publicados en *El Génio Médico Quirúrgico*, en polémica con el doctor Vinader.

Usos y aplicaciones terapéuticas del cloral.—Publicado en el *Diario Médico Farmacéutico*.

Flegmasías alba-dolens. Historia de un lipoma.—Publicados en *El Alumno Médico*.

Higiene popular.—Colección de 44 artículos publicados en el diario científico, literario y político *El Mundo*.

Los médicos jóvenes. Aneurisma de la aorta.—Publicados en *El Génio Médico Quirúrgico*.

El histerismo.—Estudio psico-físico, publicado en la *Revista Ilustrada*.

Nota clínica de un caso de difteria grave.—Publicado en *El Siglo Médico*.

Empleo del sublimado corrosivo—Publicado en *La Correspondencia Médica*.

Tratamiento eficaz de los traumatismos.—Publicado en *La Medicina Práctica*.

Tratamiento eficaz del paludismo rebelde.—Publicado en *Las Noticias Médicas*.

Artículos de higiene.—Publicados en *La Opinión*, *La Justicia*, *La Patria*, *La Última Moda*, *La Crónica* (de Badajoz), *Diario de Badajoz*, *Faro de Vigo*, *Correo de Andalucía*, *La Voz de Guipúzcoa* y otros varios.

Retazos médicos.—Colección de apuntes é instrucciones populares fisiológico-higiénicas. (Primera serie.) Un tomo en 4.° de 66 páginas. Precio, 1 peseta.

Higiene de la infancia.—Consejos á las madres de familia. (Segunda serie). Un tomo en 4.° de 87 pág.—Precio, 1'50 ptas.

Artículos literarios y de higiene.—Publicados en *El Resúmen*, *El Eco de Extremadura*, *Revista Madrileña*, *Revista Ilustrada*, *Madrid Chismoso*, etc.

Este folleto se vende en las principales librerías de España, al precio de UNA PESETA ejemplar.

Los pedidos de Madrid y provincias se dirigirán á D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, librería, Madrid.—En Badajoz, se vende en la librería de ... plaza de la Constitución, núm. 14.